

Manuela Sáenz baila con Giuseppe Garibaldi el rigodón final de la existencia

GASTON BAQUERO

*Para Carlos Contramaestre
y Salvador Garmendia*

I

El mar ya estaba acostumbrado a adormecerse junto al puerto de Paita con la cantilena armoniosa de aquella voz de mujer hecha seguramente al mando y a la declaración impetuosa de sus pasiones.

Aquella voz
entraba en el mar con la autoridad de quien está acostumbrado a dominar los cuerpos y las almas de hombres, mujeres, caballos, arcabuces, espadas.

Párrafos enteros de Plutarco
fascinaban desde aquella voz los entresijos del mar, y los peces de Paita familiarizados con páginas de Tácito y cartas de Bolívar, iban y venían por el Océano del Sur, como van y vienen llenos de orgullo por su belleza los leopardos de Kenia.

La mujer de voz de contralto
recitaba poemas, repetía proclamas y ardientes textos de amor que le enviara un hombrecito endeble pero resistente a extinguirse, un hombrecito fosforescente de quien ella había sido la esposa y el marido, la emperatriz y la esclava.

Atónito el mar la escucha decir:
“Porque diciéndole en una ocasión Temístocles a Arístides que la dote mayor de un general era prevenir y antever los designios enemigos”, respondíale Arístides:

“Bien es necesario esto, ¡oh Temístocles, pero lo esencial y loable en quien manda es conservar puras las manos!”

Y los ecos del mar
paseaban por el firmamento, desde el sillón de ruedas de la mujer de Paita,
palabras de Alejandro o repetían: “El sol, suspenso en la mitad del cielo
aplaudirá esta pompa. ¡Oh sol, oh padre!” Y veces,
el mar se quedaba ensimismado, porque Manuela, vistiendo por gran gala
su uniforme de Coronel de Ayacucho congregaba
con suave autoridad a los niños indios y negros y mulatos de Paita,
y acompañada a la quena por un ciego cantaba en voz de plata
un grave himno, el que escribiera un viejo amigo suyo,
un hombre como ella infortunado, golpeado, despreciado,
quien sin embargo
sacaba de su pecho y retumbaba más que Píndaro un discurso,
para cantar las Armas y las Letras de los siglos dichosos.

I I

Una tarde ya casi anochecida callaron los conjuros sobre el mar.
Fue empujada suavemente una puerta, la del solitario vacío
de aquella alma de aleteante gaviota. Bellos ojos en llama,
carbunclos con el mirar del Otro, del Bolívar de fiebre
la envolvieron, y el torbellino de la cabeza rubia
vistió de oro las entrañas de la anciana, colgando en los salones de su alma
recamadas cortinas, tapices con escenas de amor, vergeles de erotismo.
Diciendo un verso de amor en su lengua italiana entró el Desconocido:
“Mi nombre es Garibaldi, dijo, vengo a besar su mano, vengo a suplicarle
que me deje contemplarla desnuda, acariciar lo que El adoró. Dante
nos ha enseñado a desposarnos con lo inalcanzable, con todo lo prohibido.
Voy a desnudarme, señora, para yacer junto a usted. Quiero que de su cuerpo
pase al mío el calor de aquel Hombre, su furia infantil para hacer el amor,
su sed nunca saciada de poseerla a usted en cuerpo y alma y cubrirla de hijos.
La levanto, la arranco de esa silla de ruedas que es el trono
de la viuda misma de Dios, la paseo en mis brazos, la llevo hasta el mar,
la balanceo al compás de un rigodón. Sus senos vuelven a ser erectos
como espuelas que elevan hasta el cielo el frenesí del deseo.

Voy a poseerla
como nunca hombre alguno poseyera a Thais o a Ninon. Solo le ruego,
Doña Manuela, Doña Manuelita, que piense usted en Bolívar mientras tanto,
que imagine hallarse entre sus brazos, sentirlo enloquecido por el fuego
que tiene usted encendido para siempre. Aquí estoy desnudo ante usted,
me llamo Giuseppe, Giuseppe Garibaldi, quiero ser para usted únicamente
el joven que bailaba como nadie el rigodón en las fiestas de Quito.

El joven
que solo aherrojado por los brazos de usted, alcanzó a descubrir
el sabor y el perfume de la vida.

1989.